

escribir *La guerra de los boers*, 1900, y *La guerra en Sudáfrica* 1902. Ambas obras le valieron en 1902 el título de Sir.

A la Primera Guerra Mundial el fecundo escritor dedicó seis volúmenes, en los que ensalzaba la valentía británica. La obra, titulada *La campaña británica en Francia y Flandes*, apareció en 1920.

Doyle dejó un testimonio de su ajetrada vida en su autobiografía titulada *Memorias y aventuras*, publicada en 1924.

El escritor murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough, Sussex, Inglaterra.

La Banda Moteada

Hojeando los infinitos apuntes referentes a más de setenta casos en los cuales pude estudiar los diversos procedimientos analíticos y deductivos de mi amigo Sherlock Holmes, he hallado muchos trágicos, algunos cómicos, no pocos sencillamente curiosos, pero ni uno solo que fuera vulgar¹. Y esto tiene su razón de ser en que Sherlock Holmes no emprendía nunca un asunto o empresa sin cerciorarse antes muy bien de su importancia y excentricidad; y de entre todos estos casos curiosísimos, ninguno tan original ni tan emocionante como el referente a la familia Roylott, de Stoke Moran.

Los incidentes a que dieron lugar las peripecias que la compusieron, y que ahora me propongo narrar fielmente, tuvieron efecto durante los comienzos de mi amistad con Holmes cuando, solteros ambos, vivíamos juntos en Baker Street. Hubiera podido hablar antes de este asunto, a no ser por la promesa de guardar silencio que le hice a Holmes. Creo, también, muy oportuno este relato como refutación y destrucción de ciertos rumores que corrieron acerca de la muerte del doctor Grimesby Roylott.

Cierta mañana del mes de abril de 1888 quedé sorprendido al despertarme y ver cerca de mi lecho a Holmes, completamente vestido. A mi asombro —pues Holmes era un hombre muy poco aficionado a madrugar— se unió un poco de rencor, por haber roto mi sueño antes de las siete y media de la mañana.

¹ El que escribe esta historia —así como las que seguirán— es John Watson, ex médico mayor del ejército inglés. Watson conoció a Sherlock Holmes a su regreso de la India, cuando aún era soltero. Ambos alquilaron juntos un departamento en Londres, donde se inició una amistad que duraría el resto de su vida.

—Dispéñseme, Watson —dijo—, que lo haya despertado tan temprano; pero no he tenido más remedio. La señora Hudson tuvo que levantarse precipitadamente y se vengó conmigo, y yo con usted.

—Pues, ¿qué ocurre? ¿Hay fuego?

—No. Es una clienta. Una muchacha que ha venido muy agitada y deseosa de verme en seguida. Espera en el salón. Y como indudablemente la razón que obliga a una muchacha a levantarse tan de mañana y despertar a las gentes debe ser muy importante, creo que el asunto, a juzgar por esta precipitación, debe tener mucho de interesante, por lo que he juzgado que a usted le agradaría mucho conocerlo desde los primeros pasos, y no he querido que perdiera tan buena ocasión.

—No me hubiera consolado nunca de tal pérdida —contesté.

No había nada que me gustara tanto como seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales y admirar las deducciones tan rápidas, y más que rápidas, intuitivas, con que desenmarañaba los problemas sometidos a su talento. Me vestí apresuradamente, y a los pocos minutos entré con mi amigo en el salón.

Allí nos encontramos frente a una dama enlutada, cubierto el rostro con un espeso velo, que al vernos se levantó y vino hacia nosotros.

—Buenos días, señora —dijo afectuosamente mi amigo—. Yo soy Sherlock Holmes y este señor es mi íntimo amigo, el doctor Watson, ante quien puede hablar como si estuviera yo solo. ¡Ah, ya veo que la señora Hudson ha tenido la buena idea de encender lumbre! Tenga la bondad de acercarse a la chimenea y ahora mismo mandaré que le hagan una taza de café bien caliente, porque usted está temblando.

—No es el frío el que me hace temblar —murmuró la dama.

—¿Qué es, entonces?

—El miedo, señor Holmes; mejor dicho, el espanto.

Al decir estas palabras, se levantó el velo y pudimos ver que, efectivamente, padecía una violenta y lastimosa agitación. Estaba pálida, la boca contrariada, los ojos inquietos, espantados, como los de una fiera acosada. Aparentaba treinta años de edad, pero sus cabellos estaban encanecidos prematuramente y sus ademanes eran pesados, de cansancio y de pena. Sherlock vio todos estos detalles con una sola de sus miradas rápidas y penetrantes.

—No tema —dijo cariñosamente, inclinándose hacia ella—. Estoy seguro de que arreglaremos todo eso inmediatamente. ¿Ha venido en el tren?

—¿Me conoce?

—No; pero veo que guarda en el guante izquierdo el billete de vuelta. Ha debido partir de madrugada y hecho un largo y fatigoso viaje en trineo antes de llegar a la estación; ¿no es eso?

Ella se estremeció y miró a mi compañero.

—Estas observaciones no tienen nada de particular, querida señora —continuó Holmes, sonriendo—. La manga izquierda de su chaqueta está salpicada de barro en siete partes, y únicamente un trineo puede salpicar de ese modo; sobre todo cuando se va sentado a la izquierda del cochero.

—Sea cual fuere su método de observación —contestó ella—, ha acertado usted. Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las seis y veinte y en el primer tren partí a Waterloo. Ya no puedo más, y si no cambian las cosas, creo que me volveré loca. No tengo a nadie, absolutamente a nadie, a quien pedirle auxilio si no sólo a usted. Por la señora Farintosh, a quien usted salvó de una situación difícil, he sabido sus señas y a usted acudo. ¿Podrá, señor, ayudarme también a mí y arrojar alguna luz en el caos que me rodea y envuelve? Ahora no podré recompensar

sus servicios, pero dentro de un mes o dos estaré casada, seré dueña de mi fortuna y entonces verá que no soy ingrata.

Holmes abrió un cajón de la mesa, y sacando un cuaderno lo hojeó.

—¡Farintosh..., Farintosh!—murmuró—. ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Se trataba de una tiara de ópalos. Aún no nos conocíamos, Watson.

Y cerrando el cuaderno, continuó:

—Tenga la seguridad, señora, de que me consagraré tan gustosamente a su asunto como al de su amiga. Le ruego que no hablemos de honorarios, pues como hago esto por afición, en el trabajo encuentro mi recompensa. Si luego cuando hayamos concluido quiere resarcirme de los gastos que haya hecho, no tendré inconveniente alguno. Entretanto, tenga a bien contarme lo que le pasa, sin omitir un solo detalle que pueda facilitar nuestra acción.

—¡Ay!—contestó ella—. Lo verdaderamente horrible de mi situación es que mis temores son tan confusos, mis sospechas están basadas en pruebas tan débiles, mejor dicho, tan pueriles, que mi novio, la única persona a quien tengo derecho a pedir protección y consejo, las considera como extravíos de mujer nerviosa. Aunque no me lo diga, yo lo adivino en sus palabras compasivas, en sus miradas llenas de piedad. Me han asegurado, señor Holmes, que usted sabe leer en el corazón humano, y que puede precaverme contra los peligros que me amenazan.

—Le escucho atentamente, señora.

—Me llamo Helen Stoner, y vivo con mi padrastro, el último vástago de los Roylott, de Stoke Moran, una de las más antiguas familias sajonas de Inglaterra.

—No me es desconocido ese nombre—dijo Holmes.

—Esta familia fue una de las más ricas de Inglaterra, y sus dominios se extendían hasta el Berkshire por el norte, y el

Hampshire, por el oeste. Pero en el último giro de las últimas cuatro generaciones hubo tales pródigos y malas cabezas, que la fortuna se disipó casi por completo. Actualmente no quedan más que algunos acres de terreno y la casa medio ruinoso y gravada con varias hipotecas. El último dueño arrastra penosamente su existencia de noble arruinado; pero su hijo, comprendiendo lo inútil de aquella vida, consiguió de su padre un adelanto de la herencia para costearse la carrera de medicina y partió para Calcuta. Allí, y gracias a su habilidad profesional y a su entereza de carácter, se conquistó bien pronto una clientela numerosa. Un día, dejándose llevar de la cólera (y a causa de un robo cometido en su casa), mató a su criado, y poco le faltó para ser condenado a muerte. Estuvo muchos años en la cárcel; volvió a Inglaterra melancólico y taciturno.

”Durante su estada en la India se casó con mi madre, viuda del general Stoner. Mi hermana gemela y yo teníamos dos años cuando se verificó este matrimonio. Nuestra madre era rica; tenía una renta de mil libras esterlinas y legó toda su fortuna al doctor Roylott, a condición de que nos tuviera como hijas en su casa y nos diera como dote una cierta cantidad a cada una cuando nos casáramos. Poco tiempo después de nuestra vuelta a Inglaterra, mi madre murió, hace ocho años, en un descarrilamiento ocurrido cerca de Crewe. El doctor Roylott no quiso vivir más en Londres y nos llevó consigo a la antigua mansión de Stoke Moran. La fortuna de mi madre excedía, con mucho, a los gastos que nosotros podíamos ocasionar, y durante algún tiempo vivimos tranquilamente.

”De pronto, el carácter de nuestro padrastro cambió por completo. En vez de captarse las simpatías de sus vecinos y paisanos, que al principio se alegraron de ver ante ellos, y en la antigua casa, a un Roylott de Stoke Moran, rehuyó toda clase

de relaciones y no sabía más que disputar y reñir con el primero que se encontraba. La violencia del carácter, rayana en la locura, peculiar a los hombres de la familia Roylott, se acentuó y agrió más aún por su larga permanencia en los países tropicales. Raro era el día en que no nos daba algún disgusto, y tuvo que tratar en más de una ocasión con el juez del pueblo. Llegó a ser el terror de todos y la gente huía al verlo.

”La semana pasada tiró al río al herrero, y sólo a costa de todo el dinero que quiso la víctima pudo evitar el escándalo. No tiene ningún amigo, excepto los gitanos. Les consiente acampar en sus tierras (que no cultiva y que deja cubrirse de zarzas y espinos), y acepta en cambio la hospitalidad de sus tiendas y hasta viaja con ellos durante semanas enteras. Siente una gran pasión por algunos animales de la India, y ahora tiene en casa una pantera y un babuino, que se pasean libremente y que son tan temidos como su dueño por los aldeanos.

”Con todas estas cosas, comprenderá usted que la vida de mi hermana Julia y la mía no tenían nada de agradable.

”Nadie quería servirnos y nosotras mismas teníamos que atender al cuidado de la casa. Cuando murió mi hermana, no tenía más que treinta años y ya sus cabellos habían encanecido de igual modo que los míos”.

—¿Murió su hermana?

—Sí; hace dos años; y precisamente quiero hablarle de su muerte. Ya comprenderá que, llevando el género de vida que llevábamos, se nos presentaban pocas ocasiones de ver gentes de nuestra edad y posición. Sin embargo, obteníamos de cuando en cuando permiso para pasar unos cuantos días con una hermana soltera de nuestra madre, llamada Honoria Westfall, que vive en Harrow. Hace dos años, Julia pasó con ella las fiestas de Navidad y allí conoció a un marino con el cual se puso de

novia. El doctor Roylott se enteró de ello cuando volvió Julia y no puso obstáculo alguno; pero quince días antes del señalado para la boda tuvo lugar el terrible drama que me privó para siempre de mi única compañera.

Sherlock Holmes había escuchado toda la narración, tendido en una butaca, con los ojos cerrados y hundida la cabeza en un almohadón; pero al oír las últimas palabras hizo un movimiento, y mirando de frente a Helen Stoner, dijo:

—Le ruego no olvide el menor detalle.

—Pierda usted cuidado; todos los minutos de aquella horrible noche han quedado profundamente impresos en mi memoria.

La casa es, como ya le he dicho, antiquísima, y sólo uno de los extremos está habitado. Las alcobas están en el piso bajo. La primera es la del doctor Roylott; la segunda, la de mi hermana, y mía es la tercera. Las tres habitaciones no se comunican entre sí; pero dan al mismo pasillo, ¿lo entiende?

—Perfectamente.

—Las ventanas de las tres habitaciones caen al jardín. La noche fatal de la muerte de mi hermana, el doctor se retiró muy temprano, aunque debió tardar en acostarse, porque Julia se encontró de pronto molesta por el olor de los cigarrillos indios que Roylott fuma continuamente. Mi hermana salió de su cuarto y vino al mío, donde estuvimos un rato charlando de su futuro matrimonio. A las once se dispuso a marchar, y ya en la puerta, se detuvo y me dijo:

—A propósito, Helen, ¿no has oído silbar ninguna noche?

—¿Silbar? No, nunca —contesté.

—¿Tú crees que se pueda silbar mientras se duerme?

—No lo creo; ¿por qué dices eso?

—Porque todas estas noches he oído, a eso de las tres de la madrugada, unos silbidos muy tenues, pero muy claros. Como

yo tengo el sueño muy liviano, me despiertan en seguida. No sé de dónde vienen. Por eso quiero saber si tú también los has oído.

—No. Serán, probablemente, esos malditos gitanos.

—Tal vez. Y, sin embargo, si es en el jardín, me extraña que tú no hayas oído nada.

—Yo no tengo el sueño tan ligero como tú.

—¡Bah! Después de todo, esto no tiene importancia —dijo, sonriendo.

—Luego de estas palabras se marchó y poco después la oí cerrar con llave la puerta”.

—Dígame —interrumpió Holmes—, ¿acostumbraba a cerrar con llave la puerta todas las noches?

—Siempre.

—¿Por qué?

—Porque teníamos miedo de que entraran y nos dieran un susto la pantera o el babuino que, según creo haberle dicho, tenía el doctor.

—Está bien. Continúe.

—Aquella noche no pude dormir. Me oprimía el vago presentimiento de alguna desgracia. Ya recordará usted que Julia y yo éramos gemelas y sabrá los misteriosos y sutiles lazos que existen entre las almas de esta clase de hermanos. Era una noche terrible. Afuera el fuerte viento estrellaba la lluvia contra las ventanas. De pronto, en medio del estrépito de la tormenta, oí un grito desgarrador y reconocí la voz de mi hermana. Salté del lecho y, envolviéndome en una capa, salí precipitadamente al pasillo. Al abrir la puerta me pareció oír un silbido semejante al descrito por mi hermana y un instante después un ruido sonoro como el de la caída de un cuerpo metálico contra el suelo. Luego la puerta de Julia se abrió lentamente. Yo me detuve, aterrada, sin movimiento... A la luz de la lámpara, del pasillo, vi aparecer a mi hermana con la cara

pálida, tambaleándose como un hombre borracho, y haciendo ademán de pedir auxilio. Corrí hacia ella, tendiéndole los brazos, pero le faltaron las fuerzas y rodó por tierra, donde se revolvió furiosamente, presa de horribles convulsiones. Al principio creí que no me había conocido, pero al inclinarme sobre ella, me gritó con una voz que no podré olvidar nunca: “¡Oh Dios mío! ¡Helen! ¡Tra la banda! ¡La banda moteada!” Quiso decir algo más, y uno de sus dedos parecía querer perforar la pared de la alcoba del doctor; pero una nueva convulsión le quitó la palabra. Yo corrí por el pasillo llamando a mi padastro y tropecé con él, que ya venía apresuradamente envuelto en una bata. Cuando llegamos cerca de Julia, la encontramos sin conocimiento. Enviamos a buscar al médico del pueblo, pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles; mi pobre hermana murió aquella noche sin volver en sí.

—¿Está segura —interrumpió Holmes— de haber oído ese extraño silbido y el choque metálico? ¿Podría jurarlo?

—Eso mismo me preguntó el juez. Estoy segurísima de haberlo oído... Sin embargo, es fácil que en medio de la tempestad que azotaba la vieja casa me haya engañado.

—¿Estaba vestida su hermana?

—No; estaba en camisa. En la mano derecha se le encontró una cerilla gastada, y en la izquierda la caja de ellas.

—Eso prueba que encendió cerillas para mirar en torno suyo. ¿El resultado dio el sumario?

—Como la conducta del doctor Roylett parecía muy extraña a todo el condado, se procedió cuidadosamente en la información judicial: sin embargo, no se pudo descubrir absolutamente nada. Mi declaración probó que la puerta fue cerrada por dentro, y en cuanto a las ventanas, se cerraban todas las noches con unas fuertes barras de fierro. Las paredes y el suelo fueron examinados escrupulosamente, sin hallar en este examen el menor indicio.

Era, pues, indudable que mi hermana estaba completamente sola la noche del crimen. Además, el cuerpo no presentaba la menor señal.

—¿Se pensó en el veneno?

—También los médicos vieron esa posibilidad sin conseguir nada.

—¿A qué atribuye la muerte de su hermana?

—Estoy convencida de que murió de un fuerte ataque de nervios; pero ignoro la causa de él.

—¿Había gitanos en el jardín o en el campo próximo a la casa?

—Los hay casi siempre.

—¿Y qué se imaginó ante aquella alusión a una banda, una banda moteada?

—Primero pensé que tal vez fuera efecto del delirio; que quizás se refiriese a una banda de gentes, de los gitanos acampados cerca de la casa. Acaso los pañuelos de color que muchos de ellos llevan en la cabeza la hicieron emplear aquel adjetivo tan raro.

Holmes sacudió, incrédulamente, la cabeza.

—Todo esto es muy extraño. Continúe, se lo ruego.

—Transcurrieron dos años, y con ellos mi vida era más solitaria que nunca. Hace un mes, aproximadamente, que un amigo de la casa pidió mi mano. Se llama Armitage, Percy Armitage, y es el segundo hijo del señor Armitage, de Crane Water. Mi padrastro accedió a la petición y la boda quedó señalada para la primavera. Como hace dos días empezaron los trabajos de restauración del ala derecha del edificio y han comenzado por mi cuarto, no he tenido más remedio que instalarme en el que fue de mi hermana y dormir en el lecho donde ella durmió. ¡Juzgue cuál sería mi espanto cuando la noche pasada, desvelada pensando en la triste muerte de Julia, oí clara y distintamente en el silencio de la noche el silbido que fue la señal de su muerte!...

Me levanté de un salto y encendí la lámpara, mas no logré ver nada. Demasiado agitada para volverme a acostar, me vestí, y apenas fue de día salí de casa. Tomé un trineo en la Posada de *La Corona* y de este modo llegué a Leatherhead, de donde he venido con el solo objeto de pedir sus consejos.

—Ha hecho bien —dijo Holmes—. ¿No me ha ocultado nada?

—Nada.

—No es verdad, señorita Roylott. ¿Y su padrastro?

—¿Qué quiere decir?

Por toda respuesta, Holmes levantó el encaje negro de la manga y dejó al descubierto la mano que Helen descansaba en las rodillas: cinco señales rojas, de cinco dedos hombrunos, resaltaban sobre el delicado puño de la joven.

—La ha maltratado —dijo Holmes.

La joven se ruborizó, y cubriendo el puño martirizado, dijo:

—Es un hombre brutal, y la mayor parte de las veces no se da cuenta de sus fuerzas.

Hubo un largo silencio, durante el cual Sherlock Holmes, con la barba hundida entre los puños, miraba fijamente el fuego que chisporroteaba en la chimenea.

—Todo está muy oscuro —dijo al fin—. Hay mil detalles que necesitaría saber antes de fijar una línea de conducta. Pero no podemos perder tiempo. Si fuéramos hoy mismo a Stoke Moran, ¿podríamos visitar todos esos cuartos sin que se enterara mi padrastro?

—Precisamente, le he oído hablar hoy de venir a la ciudad para un asunto importantísimo. Es probable que esté fuera todo el día, y por lo tanto nadie podrá molestarnos; pues la única criada que tenemos es una vieja estúpida, a quien podré alejar con facilidad.

—Perfectamente. ¿Tiene algo que decir contra esta excursión, Watson?

—Absolutamente nada.

—Bueno, pues, iremos juntos. ¿Tiene algo que hacer, señorita?

—Aprovecharé la venida a la ciudad; pero me iré en el tren del mediodía para tener tiempo de recibirlos.

—Sí, nosotros iremos a primera hora de la tarde. También yo tengo algo que hacer. ¿Quiere almorzar con nosotros?

—No, no tengo tiempo. Parece que estoy más tranquila ahora que le he confiado mi secreto. Hasta luego, ¿eh?

Y cubriéndose con el velo salió rápidamente.

—¿Qué le parece todo esto, querido Watson? —preguntó Holmes, dejándose caer nuevamente sobre el sillón.

—Me parece muy oscuro y muy siniestro.

—Sí; es oscuro y es siniestro.

—Sin embargo, si es verdad que la pared, el techo, la puerta y las ventanas estaban intactos, es indudable que su hermana estaba sola en la habitación.

—¿Y qué le parecen esos silbidos nocturnos y las extrañas palabras de la moribunda?

—No sé...

—Relacionando esos silbidos y la banda de gitanos amigos del doctor, la presunción de que éste quisiera evitar el matrimonio de su hijastra, la alusión de la moribunda a una banda, y, por último, el choque metálico oído por la señorita Stoner, y que tal vez fuera causado por la caída de una de las barras de hierro de las contraventanas, me parece que podríamos encontrar por este lado los primeros pasos para la explicación del misterio.

—¿Pero entonces esos gitanos?

—No sé.

—Sin embargo, no me parece muy acertada su opinión.

—Ni a mí; por eso quiero que vayamos hoy mismo a Stoke Moran. Quiero ver si las objeciones que se presentan a mi

espíritu son indestructibles o si pueden ser contrarrestadas... ¡Diablo!

Esta exclamación le fue arrancada por la brusca apertura de la puerta y la aparición de un hombre alto y robusto.

Su traje era una mezcla singular de elegante y campesino. Llevaba un sombrero de copa, un abrigo amplio, calzaba polainas y oprimía en la mano derecha un látigo de caza.

Su ancha faz, surcada de mil arrugas, tenía el sello de las tristes pasiones; su mirada giraba alternativamente contra nosotros dos. Sus ojos hundidos, inyectados; su nariz ganchuda, lo hacían parecerse a un ave de rapaña.

—¿Cuál de ustedes es Holmes? —preguntó el extraño personaje.

Yo, caballero —dijo tranquilamente Sherlock—; pero desearía saber con quién tengo el honor de hablar.

Yo soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran.

Muy bien, doctor —dijo Holmes, dulcemente—. Tenga la bondad de sentarse.

No hace falta. Mi hijastra ha estado aquí. La he seguido. ¿Qué le ha dicho?

—Realmente, este frío no es propio de la estación —contestó Holmes.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —gritó furioso el viejo.

—Pero he oído decir que la cosecha del azafrán será muy buena este año —continuó mi amigo, sin desconcertarse.

—¡Ah! ¿No quiere contestarme? —gritó el doctor, adelantando un paso y agitando el látigo—. ¡Ya sé quién es usted, granuja! Ya he oído hablar de usted. Es Holmes.

Mi amigo sonrió.

—Holmes, el hombre que se mete en lo que no le importa.

Mi amigo continuó sonriendo.

Holmes, el limpiabotas de Scotland Yard.

Mi amigo se echó a reír con toda su alma.

—Es usted muy gracioso —dijo—. Solamente le ruego que cuando se vaya cierre bien la puerta, porque ahora estamos en plena corriente de aire.

—¡Me iré cuando me dé la gana! Le prohíbo mezclarse en mis asuntos. Ya sé que la señorita Stoner ha venido aquí; pero tenga en cuenta que soy un hombre peligroso para enemigo. ¡Mire!

Y cogiendo entre sus manos velludas las tenazas de la chimenea, las dobló completamente.

—¡Tenga, pues, mucho cuidado! —aulló.

Y luego, arrojando las tenazas al fuego, salió apresuradamente.

—Parece un hombre muy atento —dijo riendo Holmes—. Yo no soy tan fuerte como él; pero me parece que si llega a estar un rato más le hubiera demostrado que mi puño vale tanto como el suyo.

Y cogiendo las tenazas las enderezó fácilmente.

—¿Ha visto qué insolencia? ¡Confundirme con un policia! Este incidente le presta mayor encanto a la aventura. Lo que siento es que tal vez a nuestra amiguita le cueste caro el haberse dejado espiar. Ahora, Watson, vamos a encargarnos del almuerzo, y en seguida voy a ir a la Cámara Sindical de Medicina, donde espero hallar algunos datos que me sirvan.

Cerca de la una volvió Sherlock Holmes a casa. En la mano traía un papel azul lleno de notas y de cifras.

—He visto el testamento de la esposa fallecida. Para comprender su importancia, hemos tenido que calcular el valor actual de las fincas a que se refiere. El capital total, que antes de la muerte era cerca de mil cien libras esterlinas, ahora, a causa de la baja de los productos agrícolas, no excede de 750 libras. Por lo tanto, cada hija tenía derecho a una renta de 250. Si las dos se hubieran casado, el simpático señor hubiera quedado reducido a una modesta pitanza, y aun la boda de una sola le puede fastidiar bastante.

Me parece que no he perdido el tiempo, puesto que tengo la seguridad de que el doctor Roylott posee las mejores razones del mundo para oponerse a tales matrimonios. Ahora, querido Watson, hablemos seriamente, pues el asunto lo merece y mucho más sabiendo el buen hombre que nosotros nos metemos en sus asuntos. Si está usted dispuesto, vamos a tomar un coche que nos lleve a la estación de Waterloo. Creo que hará bien en coger el revólver. Un Eley número 2 es un argumento excelente contra los hombres que doblan en dos las tenazas de acero.

En Waterloo tuvimos la suerte de alcanzar un tren que salía inmediatamente para Leatherhead, en cuyo punto alquilamos un coche que nos llevó por espacio de cuatro o cinco millas a través de los encantadores caminos del Surrey.

Era un delicioso día primaveral. El sol extendía su luz sobre nubes blancas y tranquilas. Los árboles y los setos y los arbustos comenzaban a florecer, y en el aire flotaba un exquisito olor a tierra húmeda. ¡Qué contraste entre aquel desperezo de la naturaleza, tan lleno de esperanzas, y la sombría misión que íbamos a cumplir!...

Mi compañero, sentado en la delantera del carruaje, parecía absorto en sus reflexiones, con los brazos cruzados, el sombrero sobre los ojos y la barba clavada en el pecho. De pronto se estremeció, me tocó el hombro y, señalando con el dedo, dijo:

—Mire.

Vi un espeso parque que se elevaba en suave pendiente hasta un bosquecillo. Entre las ramas griseaban las piedras de un viejo edificio.

—¿Stoke Moran? —preguntó.

—Sí, señor —contestó el cochero—. Es la casa del doctor Griesby Roylott.

—Sí; la están restaurando. Allí es donde vamos nosotros.

—Aquella es la aldea —continuó el cochero, señalando hacia

la izquierda una agrupación de techumbres—; pero si quiere ir a la casa, es mucho mejor que salte esa valla y siga este sendero a través del campo, hasta allá, donde está paseando aquella señora.

—Yo creo que aquélla es la señorita Stoner —dijo Holmes, haciendo pantalla con la mano derecha—. Me parece muy bien su consejo.

Bajamos del coche que, después de haber pagado al cochero, volvió para Leatherhead.

—He preferido —dijo Holmes, mientras saltaba la valla— hacerle creer a ese muchacho que éramos arquitectos y que veníamos aquí para la reforma de la casa. Esto amenguará la murmuración. Buenas tardes, señorita Stoner. Ya ve que hemos cumplido nuestra palabra.

Nuestra clienta se había apresurado a reunirse con nosotros.

—¡Les esperaba con tanta impaciencia! —dijo, estrechándonos calurosamente las manos y sonriendo—. Todo marcha perfectamente. El doctor Roylott ha ido a la capital y quizá no vuelva hasta la noche.

—Hemos tenido el gusto de conocerlo —dijo Holmes.

Y en pocas palabras le contó la entrevista. La señorita Stoner se puso pálida.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿De modo que me ha seguido?

—Indudablemente.

—Debe usted encerrarse con llave esta noche. Y si quiere violentarla, la llevaremos a casa de su tía. Ahora no desperdiciemos el tiempo y enséñenos las habitaciones.

El edificio era de piedra gris, cubierto de musgo, y se componía de un pabellón central y dos departamentos laterales. En el de la parte izquierda, las ventanas estaban rotas y el techo medio hundido. La parte central tenía igual aspecto ruinoso; pero la

de la derecha parecía relativamente moderna. Las ventanas con cortinas y el humo azul que expulsaban las chimeneas indicaban que aquella parte estaba habitada. Había puesto un andamiaje y la pared estaba agujereada en algunos sitios. Sin embargo, no se veía ningún albañil. Holmes se paseó por el césped examinando todas las aberturas exteriores.

—Esta ventana debe ser la de su cuarto; la del centro, la del cuarto de su hermana, y la más próxima al pabellón, la del doctor Roylott, ¿no es eso?

—Indudablemente; pero yo vivo ahora en la habitación central.

—Durante los trabajos, ¿no? A propósito, creo que este muro no necesita todavía reparación de ninguna clase.

—Tiene razón. Yo creo que esto ha sido sencillamente un pretexto para hacerme cambiar de cuarto.

—¡Ah! Es muy curioso. El otro lado de esta parte lo constituye un corredor, al cual dan las puertas de las tres habitaciones, ¿no es eso? ¿Tiene ventanas?

—Sí; pero pequeñísimas y muy estrechas para que nadie pueda pasar por ellas.

—¿Quiere tener la bondad de entrar en su cuarto y cerrar por dentro las contraventanas?

La señorita Stoner obedeció, y Holmes, después de haber examinado cuidadosamente la ventana abierta, intentó por todos los medios posibles forzar la contraventana, sin conseguirlo. No había ni una sola rendija por donde deslizar ni siquiera un cuchillo para levantar la barra de fierro.

—¡Hum..., hum!... —murmuró, con aire perplejo y rascándose la barba—. Mi razonamiento se cae por su base. Nadie ha podido pasar por aquí estando cerradas las contraventanas. Veamos si el examen del interior nos da más indicios.

Una puertecilla daba acceso al corredor pintado con cal sobre el cual se abrían las de las tres alcobas. Holmes no se preocupó de la tercera y entramos directamente en la segunda, la que habitaba actualmente la señorita Stoner y donde había muerto su hermana Julia. Era un hermoso cuarto, con una de esas amplias chimeneas que se ven en algunas casas antiguas. En un rincón había una cómoda de color oscuro; en el otro, un lecho pequeño pintado de blanco, y a la izquierda de la ventana, un tocador. Estos tres muebles: dos sillitas de mimbre y un trozo de alfombra Wolton constituían todo el mobiliario.

Holmes arrastró una de las sillas hasta un rincón y se sentó. Durante largo rato no habló una sola palabra, dejando vagar la mirada por todo el cuarto.

—¿Adónde va esa campanilla? —dijo de pronto, señalando un cordón colgado a la cabecera del lecho y que descansaba sobre la almohada.

—Comunica con el cuarto de la criada.

—Ese cordón parece mucho más nuevo que el resto del mobiliario.

—Sí; lo pusieron hace dos años, aproximadamente.

—¿Sería su hermana la que lo pidió?...

—No; creo que no se sirvió nunca de él. Estábamos acostumbradas a pasarnos sin criada.

—Entonces no veo la razón de poner ese lindo cordón de campanilla. Ahora, con su permiso, voy a examinar el suelo.

Se tendió boca abajo y, con el auxilio de la lupa, examinó cuidadosamente todas las rendijas del entarimado. Luego se acercó a la cama y la miró y remiró en todos sentidos, así como la pared en donde se apoyaba. Por último, cogió el cordón de la campanilla y tiró violentamente.

—¡Calla! Esto es una imitación.

—¿Cómo! ¿No suena?

—No; no está unido a ningún alambre. ¡Oh, esto es muy interesante!... Mire, mire; el cordón está sujeto a un gancho, precisamente encima de un agujero.

—¿Yo no había reparado nunca en ello!...

—Es muy raro, muy raro —murmuró Holmes, tirando del cordón—. Hay cosas bastante extraordinarias en esta habitación. Por ejemplo: ¿quién ha sido el arquitecto tan imbécil que estableció una corriente de aire entre dos cuartos, siendo mucho más sencillo y más lógico abrirla en el muro exterior?

—Esa abertura es también muy reciente.

—¿La hicieron cuando colocaron la campanilla?

—Sí; por aquella época hicieron muchos arreglos y cosas en todas las habitaciones.

—He aquí dos cosas bien singulares. Un cordón de campanillas sin campanilla y una corriente de aire inútil. Con su permiso, señorita Stoner, vamos a curiosear el otro cuarto.

La alcoba del doctor Grimesby Roylott era más grande que la de su hijastra; pero estaba amueblada con igual sencillez. Un lecho de campaña, un pequeño estante lleno de libros —científicos la mayor parte—, un sillón cerca del lecho, una silla de madera arrimada a la pared, una mesa redonda y una gran caja de caudales eran los principales muebles que Holmes examinó escrupulosamente.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó, golpeando la caja de caudales.

—Los papeles de mi padrastro.

—¡Ah!... ¿Los ha visto usted?

—Una vez, hace muchos años. Me acuerdo que estaba llena de papelotes.

—¿Habrá, por casualidad, un gato ahí dentro?

—No. ¡Vaya una idea!

—Mire.

Y nos enseñó un platillo lleno de leche escondido debajo de la caja.

—No, no tenemos ningún gato. Pero no olvide la pantera y el mono...

—¡Ah, sí! Es verdad. La pantera no es más ni menos que un felino. Pero me parece que con un platito de leche no tendrá bastante. Ahora quisiera ver...

Y sin concluir de hablar se inclinó sobre la silla de madera, examinándola atentamente.

—¡Ajaja! —dijo, levantándose y guardando la lupa en el bolsillo—. Ahora ya no tengo la menor duda. He aquí un objeto interesantísimo.

Y nos enseñó un latiguillo de caza colgado cerca del lecho, y cuya correa terminaba con un nudo corredizo.

—¿Qué opina de esto, Watson?

—Es un látigo como tantos otros. Lo único que me choca es el nudo.

—Es poco corriente, ¿verdad? ¡Ay pobres amigos míos! El mundo es muy malo, y cuando un hombre pone su talento al servicio del crimen, ya podemos esperar las mayores infamias. Creo que hemos visto bastante, y con su permiso, señorita Stoner, vamos a salir de la casa.

Nunca he visto tan preocupado a Sherlock Holmes como al salir de la casa. La señorita Stoner y yo anduvimos largo tiempo sin interrumpir sus reflexiones, hasta que él mismo rompió el silencio, diciendo:

—Es preciso, señorita, que siga al pie de la letra las instrucciones que voy a darle.

—Las seguiré.

—El caso es demasiado grave para que vacile usted lo más mínimo. Se está jugando la vida.

—Confío ciegamente en usted.

—Mi amigo y yo vamos a pasar la noche en su alcoba.

La señorita Stoner y yo lo miramos estupefactos.

—Es absolutamente imprescindible. Ya le diré por qué. Aquello que se ve a lo lejos ¿es la posada?

—Sí, la Posada de La Corona.

—Perfectamente. ¿Se verán desde allí sus ventanas?

—Seguramente.

—Bueno; pues esta noche cuando vuelva el doctor, usted se encierra en su cuarto, pretextando una jaqueca. Luego, cuando él se haya retirado a su cuarto, entorna usted las contraventanas poniendo una lámpara detrás que nos sirva de señal, y se va a su antiguo dormitorio con lo necesario para pasar la noche. Creo que, a pesar de los trabajos, podrá pasarla, ¿no?

—Sí; ya lo creo.

—Bueno; pues lo demás es cuenta nuestra.

—Pero, ¿qué va a hacer?

—Nada; pasar la noche en su alcoba para averiguar la causa de esos ruidos tan extraños.

—Me parece, señor Holmes, que ya está sobre la pista de algo —dijo la señorita Stoner, tendiéndole la mano.

—Tal vez.

—Entonces, en nombre del cielo, dígame de qué murió mi hermana.

—No puedo; prefiero no dudar lo más mínimo antes de decir una sola palabra.

—Por lo menos, me podrá decir si murió de terror.

—Me parece que no; creo que hubo una causa más lógica.

Ahora, señorita Stoner, es preciso que nos separemos, porque si volviera el doctor Roylott y nos encontrara aquí, todo quedaría destruido. Hasta luego y no tema. Si hace todo lo que le he dicho, dentro de muy poco no correrá peligro alguno.

Nos dirigimos a la Posada de La Corona y encontramos fácilmente dos habitaciones contiguas. Estaban situadas en el primer piso y desde nuestras ventanas veíamos perfectamente la verja de entrada y el ala derecha de la casa del edificio de Stoke Moran. Al anoecer vimos pasar en carruaje al doctor Roylott. Su enorme corpulencia contrastaba con el débil cuerpecito del lacayo, sentado a su derecha. Cuando llegaron a la casa, como el muchacho tardara en abrir la verja, se impacientó y dio tales voces que llegaron hasta nuestras ventanas.

Algunos minutos después de haber entrado el coche en el jardín, una luz que apareció entre los árboles nos probó que el propietario de la casa estaba en una de las habitaciones del pabellón central.

En torno nuestro la oscuridad se hacía cada vez más profunda.

—¿Sabe, Watson —dijo de pronto Holmes—, que verdaderamente temo llevarlo conmigo? Creo que no estará exenta de peligros nuestra expedición.

—Bueno; pero, ¿puedo serle útil?

—Utilísimo.

—Entonces lo acompaño.

—Se lo agradezco con toda mi alma.

—¿Para qué hablar de peligros? Indudablemente, nuestra visita de hoy a la casa le ha debido servir de mucho. En cuanto a mí no he visto nada notable más que ese cordón de campanilla innecesario.

—¿Se ha fijado también en la corriente de aire?

—Sí; pero una comunicación de esa clase no tiene nada de

particular; además, es tan pequeña, que ni siquiera un ratón podrá pasar por ella.

—¿Y si yo le dijera que antes de entrar en la casa ya pensaba en ese agujero?

—¿Es posible?

—Sí. Ya recordará que la señorita Stoner nos dijo, en el curso de su narración, que su hermana notó el olor de los cigarrillos de su padrastro, lo cual implicaba la existencia de una comunicación cualquiera entre las dos habitaciones, comunicación que debía ser pequeñísima, puesto que el juez no la menciona en el sumario.

—¿Y qué deduce de eso?

—¡Caramba! Me parece que representan algo más que una casual coincidencia todos esos hechos: establecer una corriente de aire, colgar un cordón y que una mujer muera sin saberse de qué.

—Pues yo no veo ninguna relación.

—¿No ha observado una cosa muy rara en la cama?

—No.

—Estaba perfectamente sujeta al suelo. ¿Le parece muy natural esto?

—Claro que no.

—Por lo tanto, la muchacha no podía cambiar de sitio la cama. Estaba, pues, siempre a merced de la corriente de aire y del cordón.

—Holmes —grité—, comienzo a entrever vagamente su pensamiento. Tal vez lleguemos a tiempo de impedir un crimen refinado y cruel.

—Muy cruel y muy refinado. Cuando un médico se extravía, llega a ser el mayor y más temible de los criminales, puesto que posee la sangre fría de la ciencia. Palmer y Pritchard estaban considerados como los primeros en su profesión. Este doctor Roylott me parece superior a ellos en perfidia; sin embargo,

espero que lo vencamos. Mientras tanto, fumemos tranquilamente una pipa y hablemos de cosas menos lúgubres.

A eso de las nueve, la luz que brillaba a través de los árboles se extinguió. Transcurrieron dos largas horas. Cerca de las once un rayo luminoso atravesó los árboles y llegó hasta nosotros.

—¡La señal! —gritó Holmes, levantándose de un salto—, brilló en la ventana del centro.

Salimos, diciendo al posadero que íbamos a visitar a un amigo y que tal vez pasaríamos la noche con él. Un momento después ya estábamos en camino, latigueados por un viento glacial, marchando hacia la luz, guía de nuestra emocionante expedición.

Nos fue fácil entrar en el jardín por una de las infinitas brechas que tenían las tapias. Ya estábamos dispuestos a escalar la ventana cuando de entre un grupo de árboles salió una especie de enano repugnante y deforme, que dio algunos saltos delante de nosotros y luego se hundió en la oscuridad.

—¡Gran Dios! —murmuré—. ¿Ha visto?

Holmes se había sorprendido tanto como yo al principio, después se echó a reír y me dijo al oído:

—¡Vaya una cara más deliciosa! Era el mono.

Entonces recordé a los favoritos del doctor. Tal vez la pantera saltara dentro de un instante sobre nosotros. Y no me consideré tranquilo hasta después de estar dentro del cuarto de la señorita Stoner, con los pies descalzos y empuñando el revólver. Mi compañero cerró silenciosamente las contraventanas, puso la lámpara sobre la mesa y miró en torno suyo. Todo estaba tal como lo habíamos dejado por la tarde. Luego, acercándose a mí y haciendo portavoz con la mano, murmuró:

—El más leve ruido nos sería fatal.

Yo hice señal de asentimiento.

Debemos apagar la luz, si no la vería por el agujero.

Hubo una pausa; luego continuó:

—No se duerma, porque le podría costar la vida. Tenga preparado el revólver. Yo voy a sentarme sobre la cama. Hágalo usted en esa silla.

Hice lo que me aconsejaba y coloqué el revólver en un extremo de la mesa, al alcance de la mano.

Holmes había traído un bastón, que puso también en la cama junto a sí, en unión de una caja de cerillas y de un cabo de vela. Luego apagó la lámpara y nos quedamos a oscuras.

Nunca olvidaré aquella noche. No se oía nada ni aun el murmullo de una respiración. Sin embargo, allí, cerca de mí, en igual tensión nerviosa que yo, un hombre acechaba con los ojos muy abiertos. Las contraventanas no dejaban pasar el menor rayo de luz. La oscuridad era completa. De cuando en cuando llegaba hasta nosotros el grito de un ave nocturna y una vez sentimos rozar la ventana y alzarse un largo maullido, señal de que la pantera andaba por el jardín. Allá lejos el reloj de la parroquia daba las horas y los cuartos con un campaneo melancólico. Sonaron las doce, la una, las dos, las tres; nosotros permanecíamos inmóviles y silenciosos en espera de una posibilidad.

De pronto, un rayo de luz atravesó el agujero, y se desvaneció en seguida para dejar lugar a un fuerte olor a aceite y a metal quemados. Indudablemente debían de haber encendido en la otra habitación una linterna sorda. Luego se oyó un ligero ruido y volvió el silencio, pero aumentó el olor. Durante media hora permanecí inmóvil, ansioso, acechando. De pronto se oyó un nuevo ruido; pero éste era dulce y acariciador como el de un escape de vapor. Al mismo tiempo Holmes saltó del lecho, y encendiendo una cerilla comenzó a dar fuertes bastonazos sobre el cordón de la campanilla.

—¿Lo ve, Watson? —gritó—. ¿Lo ve?

Yo no veía absolutamente nada. Al encender Holmes la cerilla oí un silbido sordo; pero la brusca transición de la oscuridad a la luz impedía a mis ojos cansados ver la cosa sobre la cual golpeaba tan cerca mi amigo. Sin embargo, distinguí su rostro contraído y densamente pálido.

De súbito cesó de golpear y quedó mirando el agujero. Un instante después estalló en el silencio de la noche el grito más horrible y desgarrador que he oído en toda mi vida, para terminar en un aullido sordo, arrancado por el dolor y la rabia hermanados. Este grito debió atravesar las paredes, correr por el pueblo, estrellarse contra la iglesia lejana, arrancar el sueño a los dormidos vecinos. Yo sentí que la sangre se me helaba en las venas y quedé mirando fijamente a Holmes. El me miraba de igual modo, y así estuvimos largo rato sin decir palabra. Cesaron los aullidos. Volvió a reinar el silencio.

—¿Qué ha pasado? —grité entonces.

—Todo ha concluido —respondió Holmes—. Después de todo, es la mejor solución. Coja el revólver, vamos al cuarto del doctor.

Encendió la lámpara y salió él primero al pasillo. Llamó dos veces a la puerta del doctor, sin obtener contestación. Entonces dio vuelta al picaporte y entramos revólver en mano.

¡Horrible espectáculo! Una linterna sorda colocada sobre la mesa alumbraba la entreabierta caja de caudales. Cerca de la mesa, sentado en una silla, envuelto en una bata gris y calzando unas babuchas turcas, estaba el doctor. Sobre las rodillas tenía el singular látigo que ya conocíamos. Con la cabeza echada hacia atrás, clavaba la mirada en el techo, y sobre su frente, estrechamente enrollada a ella, se veía una cinta amarilla con manchas oscuras.

—¡La banda! ¡La banda moteada! —murmuró Holmes.

El doctor no hizo movimiento alguno. Yo di un paso hacia

adelante. En aquel momento se movió la cinta y avanzó en busca nuestra la cabeza repugnante y triangular de una serpiente.

—¡Es una víbora! —gritó Holmes—. ¡La más venenosa de la India! El doctor ha muerto diez segundos después de la mordedura. ¡Ojo por ojo diente por diente. Ahora, encerremos este animal, llevemos a la señorita Stoner a otra casa y vamos a comunicar al juez lo que ocurre.

Mientras hablaba había cogido de las piernas del cadáver el látigo y, lanzando el nudo corredizo sobre el reptil, lo arrancó de la frente y lo encerró en la caja de caudales.

De este modo murió el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran. Creo innecesario prolongar esta narración ya demasiado larga, explicando cómo dimos la noticia a la señorita Stoner y cómo la llevamos a la casa de su tía, la señora Honoria Wertfail, en el primer tren. La información oficial demostró que el doctor había muerto jugando imprudentemente con un reptil peligroso. Al día siguiente, ya en nuestra casa de Londres, Holmes me dijo:

—Confieso, querido Watson, que mis primeras suposiciones eran completamente erróneas, lo cual demuestra lo difícil que es acertar no teniendo datos suficientes para el juicio definitivo. La permanencia de los gitanos en el jardín, la palabra *banda*, empleada por la hermana de la señorita Stoner como explicación de lo que vió, confusamente, a la luz de la cerilla fueron motivos suficientes para empujarme por una pista completamente falsa. Mi único mérito consiste en haber cambiado de táctica en cuanto vi que el peligro que amenazaba al ocupante de aquel cuarto no podía entrar por la ventana ni por la puerta. Ya le dije que lo que más me llamó la atención fue el agujero y el cordón de la campanilla, ambas cosas completamente inútiles. En seguida comprendí que el cordón serviría como descenso para algo que entrase por el agujero.

"Después pensé en una serpiente, y el hecho de haber estado

el doctor en la India vino a ratificarme en mi idea. Era muy lógico que a un hombre de las condiciones de Roylott se le ocurriera pensar en un veneno imposible de descubrir por los más poderosos experimentos químicos.

”La rapidez con que este veneno se transmite era otra de sus indiscutibles ventajas. Ya recordará usted que ni el juez ni los médicos hallaron el menor indicio sobre el cuerpo de la señorita Stoner. También recordará el silbido, con el cual, y por medio de la leche que descubrimos en el cuarto del doctor, éste debió acostumbrar a la serpiente a acudir a él antes de que la víctima pudiera sorprender la causa de su muerte.

”Hacía pasar el reptil por el agujero y la serpiente descendía, naturalmente, por el cordón. Tal vez pasaron muchas noches antes de que mordiese a la muchacha, pero el procedimiento era infalible.

”Examinando la alcoba del doctor, adquirí el convencimiento de todas estas suposiciones. La silla me probó que Roylott se subía frecuentemente encima para alcanzar el agujero. La caja, el platillo de leche y el látigo de nudo corredizo desvanecieron mis últimas dudas. El golpe metálico oído por la señorita Stoner debió ser producido al cerrar apresuradamente la caja de caudales...

”Y nada más, querido Watson. Ya sabe el resto, y cómo al oír el silbido encendí la luz y empecé a golpear la serpiente”.

—Dando lugar con ello a que se volviera por donde había venido.

—Y también a que atacara a su amo. Como algunos de mis golpes le acertaron, se encolerizó, hasta el punto de arrojarse sobre la primera persona con que tropezó su vista. Ya sé que indirectamente he causado la muerte del doctor Roylott, pero hablando francamente, no me importa, ni siento grandes remordimientos por ello.

Los Cunninghams

1

Aquella primavera trabajó Sherlock Holmes como nunca. De tal cantidad fueron las aventuras y sucesos en los que intervino y con tal entusiasmo lo hizo que, rendido aquel cuerpo que parecía incansable, hubo el espíritu de resignarse a una larga temporada de inacción y de reposo.

Yo bien quisiera relatar cuanto antes sus triunfos de entonces, pero algunos de ellos —los de la Compañía de Holanda y Sumatra y de los fantásticos proyectos e invenciones del barón Maupertins, por ejemplo— son de fecha tan próxima, que, con gran dolor de mi ánimo, he de dejarlos para mejor ocasión, y tal vez con eso gane la narración de los hechos, porque a mayor distancia se abarca más terreno y mejor y con más libertad de criterio se juzga.

Sin embargo, también de aquella época es su descubrimiento del crimen de Reigate, en unas condiciones realmente extraordinarias, y gracias a un recurso que su situación en aquellos momentos le permitió emplear victoriosamente.

Según mis notas, amigo lector, el día 14 de abril de aquel año recibí un telegrama fechado en Lyon, en que me decían que Holmes se hallaba enfermo en el Hotel Dulong. Veinticuatro horas más tarde estaba a la cabecera de su lecho y pude convenirme de que, afortunadamente, no era grave su indisposición. No obstante, había sufrido mucho por un trabajo excesivo